Seix Barral

Elizabeth Strout

Amy e Isabelle

Seix Barral Biblioteca Formentor

Elizabeth Strout
Amy e Isabelle

Traducción del inglés por
Juan Tafur

Título original: *Amy and Isabelle*

© Elizabeth Strout, 1998
Publicado de acuerdo con Random House Trade Publishing, una división de Random House, Inc.
© por la traducción, Juan Tafur, 2001
© Para esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2017
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: mayo de 2017
ISBN: 978-84-322-3236-7
Depósito legal: B. 7.460-2017
Composición: Àtona – Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

El verano en que el señor Robertson se fue del pueblo hacía un calor terrible, y durante largo tiempo el río pareció muerto. Sólo una culebra muerta y marrón que se extendía por el centro del pueblo, amontonando sucia espuma amarilla en las orillas. Los extraños que pasaban por la autopista cerraban las ventanillas ante aquel nauseabundo olor a azufre, asombrados de que alguien pudiera vivir con semejante hedor saliendo del río y del antiguo molino. Pero la gente que vivía en Shirley Falls estaba acostumbrada, y aun en medio del calor sólo lo notaba al despertar; no, no les molestaba particularmente el olor.

Lo que molestaba a la gente ese verano era que el cielo nunca fuera azul, que una venda de gasa sucia cubriera el pueblo, absorbiendo los rayos del sol que intentaban filtrarse hasta abajo, bloqueando lo que daba a las cosas su color, y dándole al aire un aspecto vago y plano: eso fue lo que disgustó ese verano a la gente y acabó por inquietarla. Y había más: río arriba, las cosechas no marchaban bien: las judías se marchitaban en sus tallos antes de crecer y las zanahorias no eran más grandes que los

dedos de un niño; y, aparentemente, dos ovnis habían sido vistos al norte del estado. Se rumoreaba que el gobierno había enviado gente a investigar.

En la oficina de la fábrica que ocupaba el viejo molino, donde un puñado de mujeres pasaba los días separando pedidos, archivando copias y fijando sellos con un golpe de puño en sus sobres, se habló durante un tiempo con inquietud. Algunas pensaban que iba a llegar el fin del mundo, e incluso las que no iban tan lejos admitían que quizá no había sido buena idea enviar hombres al espacio, que nada se nos había perdido, realmente, allá en la Luna. Pero el calor era implacable y los ventiladores que repiqueteaban en las ventanas parecían no servir de nada; finalmente, las mujeres se quedaron sin aire, sentadas en sus grandes escritorios de madera con las piernas separadas, apartándose el pelo de la nuca. «¿Puedes creerlo?» era todo lo que al cabo de un tiempo conseguían decir.

Un día, el jefe, Avery Clark, las envió más temprano a casa, pero luego vinieron días aún más calurosos sin que se hablara de salir antes, así que aparentemente no ocurriría otra vez. Se suponía que debían sentarse allí y sufrir, y sufrían, porque la oficina retenía el calor. Era una habitación grande, de techo alto y suelos de madera. Los escritorios estaban alineados de dos en dos, unos frente a otros, a lo largo de toda la habitación. Las paredes estaban cubiertas de archivadores metálicos, y encima de uno había una hiedra recogida y enroscada como un cacharro de arcilla hecho por un niño, aunque alguna rama que se había escapado colgaba casi hasta el suelo. Era la única cosa verde en la habitación. Las cintas y las escasas begonias abandonadas en los alféizares se habían vuelto todas de color marrón. De vez en cuando, el aire caliente que

removían los ventiladores arrastraba por el suelo una hoja muerta.

En medio de este paisaje de desidia, una mujer se distinguía de las demás. Para ser exactos, se sentaba aparte de las demás. Su nombre era Isabelle Goodrow, y, como era la secretaria de Avery Clark, su escritorio no estaba frente al de nadie. Estaba ante la oficina del propio Avery Clark, un armazón de tabiques de madera y grandes paneles de vidrio concebido para que vigilara a sus empleadas, aunque rara vez levantaba la mirada del escritorio, y que era conocido como *la pecera*. Ser la secretaria del jefe situaba a Isabelle Goodrow en una categoría aparte de las otras mujeres de la habitación, pero, en todo caso, ella era diferente. Por ejemplo, siempre iba impecablemente vestida, y llevaba medias incluso en medio de aquel calor. A primera vista parecía guapa, pero si se la miraba con detenimiento se veía que no era para tanto y su belleza no pasaba de ser corriente. Su pelo desde luego era corriente: fino, castaño oscuro, recogido en un moño a la francesa. Este peinado la hacía parecer más vieja y le daba un aire de maestra de escuela. Sus pequeños ojos oscuros tenían una expresión constante de sorpresa.

Mientras que las otras mujeres tendían a suspirar y a dar paseos de ida y vuelta hasta la máquina de bebidas, quejándose de tener dolor de espalda y los pies hinchados, aconsejándose unas a otras no quitarse los zapatos porque ni en cien años podrían volvérselos a poner, Isabelle Goodrow permanecía bastante quieta. Se sentaba en su escritorio, con las rodillas juntas y los hombros echados hacia atrás, y mecanografiaba a ritmo regular. Su cuello era un poco extraño. Para una mujer menuda, resultaba demasiado largo, y se parecía al cuello del cisne que

aquel verano había aparecido en el río, flotando en absoluta quietud junto a la espuma de la orilla.

O, al menos, eso pensaba su hija, Amy, una chica que ese verano había cumplido los dieciséis años, a la que desde hacía algún tiempo le disgustaba ver el cuello de su madre (ver a su madre, y punto) y a la que el cisne no había conmovido en absoluto. En muchos sentidos, Amy era distinta a su madre. Mientras que el pelo de ésta era fino y deslucido, Amy tenía el cabello grueso, veteado de rubio. Aun en aquel momento, que lo llevaba corto, cortado al azar por debajo de las orejas, se notaba que era fuerte y saludable. Y Amy era alta. Tenía manos grandes y pies largos. Sin embargo, sus ojos, más grandes que los de su madre, tenían la misma expresión de sorpresa, y esta expresión asustada podía incomodar a la gente cuando la miraba a los ojos. Pero Amy era tímida, y rara vez miraba a los ojos durante mucho rato. Solía lanzar más bien vistazos rápidos antes de volver la cabeza. Y no sabía qué impresión causaba en los demás, si causaba alguna, aunque en el pasado se había estudiado con detalle en todos los espejos que tenía a mano.

Pero aquel verano Amy no se miraba en los espejos. De hecho, los evitaba. Habría querido evitar también a su madre, pero era imposible, ya que ambas trabajaban en la oficina. Su madre y Avery Clark habían llegado a ese acuerdo para el verano meses atrás, y, aunque le dijeran que debía estar agradecida por el empleo, Amy no lo estaba. Era un empleo tedioso. Tenía que teclear en una calculadora la última columna de cifras de los pedidos color naranja apilados en su escritorio, y lo único bueno era que su mente a veces se iba a dormir.

El verdadero problema, claro, era que ella y su madre estaban todo el día juntas. Amy sentía que las conectaba

una línea negra, no mayor que un trazo a lápiz, tal vez, pero una línea que siempre estaba ahí. Si una de ellas abandonaba la habitación, si, digamos, iba al lavabo o a beber agua en el pasillo, la línea negra permanecía inalterada; simplemente, atravesaba la pared y seguía conectándolas. Ambas lo soportaban lo mejor que podían. Por lo menos, sus escritorios quedaban bastante alejados, no uno frente al otro.

Amy se sentaba en el rincón, en el escritorio frente a Fat Bev.* Era el puesto habitual de Dottie Brown, pero aquel verano Dottie Brown se recuperaba en casa de una histerectomía. Cada mañana, Amy observaba mientras Fat Bev medía su fibra de psilio y la revolvía con vehemencia dentro de un cartón de zumo de naranja.

—Tienes suerte —le decía Fat Bev—. Joven, sana y todo lo demás. Te apuesto a que ni siquiera piensas en tus tripas.

Amy, avergonzada, volvía la cabeza.

Fat Bev encendía siempre un cigarrillo en cuanto acababa con el zumo de naranja. Años más tarde, la ley le prohibiría fumar en el trabajo, y Fat Bev subiría otros cinco kilos y se jubilaría, pero entonces aún tenía libertad para fumar con avidez y expulsar el humo despacio, hasta que aplastaba la colilla en el cenicero de cristal y le decía a Amy:

—Éste es el truco, el motor ha arrancado. —Entonces, le hacía un guiño, levantándose del asiento con esfuerzo, y remolcaba su enorme persona hacia el lavabo.

Era interesante, en verdad. Amy nunca había oído decir que fumar lo hiciera ir a uno al lavabo. No era así cuando ella y Stacy Burrows fumaban en el bosque, de-

* La Gorda Bev. *(N. del t.)*

trás de la escuela. Y tampoco había pensado que una mujer adulta pudiera hablar con tanta soltura de sus tripas. Esto, en particular, la hacía consciente de que su madre y ella no vivían como el resto de la gente.

Fat Bev volvió del lavabo y se sentó con un suspiro, arrancando motas minúsculas del escote de su vasta blusa sin mangas.

—Pues bueno —dijo, cogiendo el teléfono, con media luna húmeda de tela de color azul claro bajo la axila—, creo que voy a llamar a la vieja Dottie.

Fat Bev llamaba a Dottie Brown todas las mañanas. Esta vez marcaba el teléfono con la punta de un lápiz, acunando el auricular entre el cuello y el hombro.

—¿Todavía sangras? —preguntó, tamborileando en el escritorio con sus uñas de color rosa, que parecían discos rosados incrustados en la carne. Eran rosa sandía: Amy había visto el frasco de esmalte—. ¿Estás tratando de batir un récord o qué? No importa, no te des prisa en volver. Nadie te echa de menos. —Fat Bev se abanicó con una revista de cosméticos Avon y se recostó contra el respaldo haciendo crujir la silla—. En serio, Dot. Es mucho más agradable mirar la cara dulce de Amy Goodrow que oírte hablar todo el santo día de tus cólicos. —Le hizo un guiño a Amy.

Amy apartó la mirada y tecleó un número en la calculadora. Era amable por parte de Fat Bev, pero por supuesto que no era verdad. Fat Bev echaba mucho de menos a Dottie. Y ¿por qué no? Habían sido amigas desde siempre, habían estado sentadas en aquella oficina más tiempo del que Amy llevaba viva, aunque en su mente esto fuera inconcebible. Además, a Fat Bev le encantaba hablar. Se lo decía a sí misma: «No puedo estarme callada ni cinco minutos». Y Amy, controlando un día el reloj,

había comprobado que era cierto. «Necesito hablar —explicaba Fat Bev—. Es una cosa física.» Aparentemente tenía razón. Daba la impresión de que necesitaba hablar sin pausa, y consumir también sin pausa cigarrillos y caramelos Life Savers, y Amy, que le tenía mucho cariño, temía desanimarla con su silencio. Sin acabar de formular la idea, culpaba a su madre, la cual tampoco era muy habladora. Había que verla allí tecleando todo el día, sin acercarse al escritorio de nadie a preguntar cómo iba todo ni a quejarse del calor. Tenía que saber que la consideraban una esnob. Y debían de pensar lo mismo de ella porque era su hija.

Pero Fat Bev no parecía en absoluto desanimada con Amy en el rincón. Colgó el teléfono, se inclinó hacia delante y le susurró en tono confidencial que la suegra de Dottie Brown era la mujer más egoísta del pueblo. Dottie había tenido un antojo de ensaladilla de patatas, lo cual era muy buen síntoma, y cuando se lo había mencionado a su suegra, que, como sabía todo el mundo, hacía la mejor ensaladilla de los alrededores, Bea Brown le había sugerido que se levantara de la cama y fuera ella misma a pelar patatas.

—Es terrible —manifestó Amy con sinceridad.

—Ya lo creo. —Fat Bev se arrellanó en la silla y bostezó, dándose palmaditas en la papada mientras se le aguaban los ojos—. Cariño —dijo, asintiendo con la cabeza—, tú cásate con un hombre sólo si su madre está muerta.

El comedor de la fábrica era un lugar sucio y destartalado. A lo largo de una pared había máquinas expendedoras, y a lo largo de otra, un espejo con una grieta; el linóleo se desprendía de las mesas, que se juntaban aleatoria-

mente a medida que las mujeres se acomodaban, desplegando bolsas de papel, latas de refresco y ceniceros, y desenvolviendo sándwiches envueltos en papel parafinado. Como cada día, Amy se sentó lejos del espejo.

Isabelle estaba en la misma mesa, y negaba con la cabeza escuchando la historia del atroz comentario que Bea Brown le había hecho a Dottie. Arlene Tucker dijo que tal vez era cosa de las hormonas, que si miraban con cuidado verían que Bea Brown tenía barba, y, en opinión de Arlene, las mujeres así tendían a ser desagradables. Rosie Tanguay dijo que el problema de Bea Brown era que no había trabajado un día en su vida, y las conversaciones se dispersaron en pequeños grupos, voces erráticas que hablaban a la vez. Una historia discurría entre risotadas, otra entre suspiros de sorpresa.

Amy se divertía. Lo encontraba todo interesante, incluso la historia de la nevera estropeada: dos litros de helado de chocolate derretidos en el fregadero, que se habían agriado y a la mañana siguiente hedían como el infierno. Las voces eran agradables, consoladoras. En silencio, Amy miraba una cara y luego otra. Las mujeres no entablaban conversación con ella, por deferencia o porque les faltaban las ganas, pero ella tampoco se sentía excluida. Su mente quedaba en libertad. Por supuesto, habría disfrutado más si su madre no hubiese estado allí, pero la amable conmoción del comedor les daba a ambas un respiro mutuo, aunque la línea negra siguiera revoloteando por ahí.

Fat Bev oprimió un botón de la máquina de refrescos y una lata de Tab rodó estrepitosamente hasta abajo. Dobló su enorme cuerpo para recogerla.

—Tres semanas más y Dottie podrá tener relaciones —afirmó. La línea negra se tensó entre Amy e Isabelle—.

Ella preferiría que fueran tres meses. —En aquel momento la lata de gaseosa se abrió con un pequeño estallido—. Pero me imagino que Wally se está poniendo irritable a fuerza de mascar el freno.

Amy engulló la corteza de su sándwich.

—Hay que decirle que tenga cuidado —dijo alguien, y hubo risas.

El pulso de Amy se aceleró, y el sudor asomó sobre sus labios.

—Una se queda seca después de la histerectomía, eso se sabe —comentó Arlene Tucker asintiendo con la cabeza de forma significativa.

—A mí no me pasó.

—Porque no te extrajeron los ovarios. —Arlene asintió otra vez: era una mujer que creía en sus opiniones—. A Dot le sacaron de un tirón todo el asunto.

—Uy, mi madre se puso como loca con los sofocos —dijo alguien y, por fortuna, el irritable Wally quedó atrás. Amy sintió el pulso más lento, la cara más fresca en medio del calor. Después se habló de sofocos y de ataques de llanto.

Isabelle envolvió el resto de su sándwich y volvió a ponerlo en su bolsa del almuerzo.

—Hace demasiado calor para comer —le susurró a Fat Bev, y fue la primera vez que Amy la oyó hablar del calor.

—Ay, Jesús, eso estaría bien. —Bev ahogó una risa, que dilató su gran pecho—. Yo nunca tengo demasiado calor para comer.

Isabelle sonrió y sacó un lápiz de labios del bolso.

Amy bostezó. De pronto estaba exhausta; habría podido poner la cabeza allí en la mesa y caer dormida.

—Cariño, tengo curiosidad. —Fat Bev acababa de

encender un cigarrillo y observaba a Amy a través del humo. Se quitó del labio una brizna de tabaco y la miró antes de tirarla al suelo—. ¿Cómo es que decidiste cortarte el pelo?

La línea negra vibró y zumbó. Sin querer, Amy miró a su madre. Isabelle se estaba poniendo el pintalabios ante un espejito de mano, con la cabeza algo inclinada hacia atrás, y la mano que sostenía la barra se detuvo.

—Te queda bien —añadió Bev—, perfecto. Sólo me ha entrado curiosidad. Con una melena como la tuya.

Amy volvió la cara hacia la ventana, tocándose la punta de la oreja. Las mujeres arrojaban bolsas de papel en la basura, se sacudían migas del vientre, bostezaban con los puños delante de la boca, poniéndose de pie.

—Te sentirás más fresca —dijo Fat Bev.

—Sí. Mucho más fresca.

Amy miró a Bev y apartó la mirada.

Fat Bev suspiró ruidosamente.

—Bueno, Isabelle —dijo—. Vamos. De vuelta a las minas de sal.

Isabelle estaba apretando los labios; cerró de golpe el bolso.

—Así es —dijo sin mirar a Amy—. En este mundo no hay descanso, ya lo sabes.

Sin embargo, Isabelle tenía su historia. Y años antes, cuando había ido al pueblo a alquilar la vieja cabaña de los Crane en la carretera 22 para instalarse allí con sus pocas posesiones y su pequeña, una niña seria de pelo claro y ensortijado, había despertado curiosidad en la Iglesia congregacionista, y también entre las mujeres a las que se había unido en la oficina de la fábrica.

La joven Isabelle no era muy comunicativa. Sólo dijo que su esposo estaba muerto, al igual que sus padres, y que se había mudado río abajo a Shirley Falls para tratar de ganarse la vida. Nadie sabía mucho más. Unos pocos notaron que cuando llegó al pueblo llevaba anillo de boda y que al cabo de un tiempo no había vuelto a ponérselo.

No hacía muchos amigos. Tampoco se buscaba enemigos, aunque era una empleada concienzuda y en consecuencia había conseguido varios ascensos. En cada ocasión, se habían oído quejas en la oficina, sobre todo la última vez, cuando se había situado muy por encima de las demás al convertirse en la secretaria personal de Avery Clark. Pero nadie le deseaba ningún mal. Se habían hecho bromas, comentarios, a veces a sus espaldas, acerca de que necesitaba un buen revolcón en la paja para soltarse, pero habían disminuido con el paso de los años. A esas alturas, era como de la familia. El temor de Amy de que la consideraran una esnob no estaba muy justificado. Las mujeres chismorreaban en efecto las unas de las otras, pero Amy era demasiado joven para entender que los lazos casi familiares que las unían entre sí se extendían a su madre.

Sin embargo, nadie habría dicho que conocía a Isabelle. Y, con seguridad, nadie habría adivinado que la pobre vivía entonces un infierno. Si parecía más delgada, algo más pálida, bueno, era porque hacía un calor espantoso. El tiempo era tan caluroso que, incluso en aquel momento, al final del día, el alquitrán despedía calor mientras Amy e Isabelle atravesaban el aparcamiento.

—Buenas noches a ambas —les dijo de lejos Fat Bev, descargando su cuerpo dentro del coche.

En el alféizar de encima del fregadero, los geranios retoñaban rojos y brillantes, grandes como pelotas de béisbol, pero otras dos hojas se habían puesto amarillas. Isabelle dejó caer las llaves en la mesa y fue a arrancarlas. Si hubiera sabido que el verano sería tan terrible, no se habría molestado en comprar geranios. No habría llenado de petunias las jardineras de la fachada ni habría sembrado balsaminas, caléndulas y tomates en el jardín de atrás. En cuanto las flores se ponían mustias, experimentaba una sensación de fatalidad. Tocó la tierra de la maceta y la encontró demasiado húmeda; de hecho, lo que los geranios necesitaban era un sol brillante, y no aquel calor pegajoso. Dejó caer las hojas en el cubo que había bajo el fregadero y se apartó para que Amy pasara.

Esta vez era Amy quien preparaba la cena. En los viejos tiempos (Isabelle se refería mentalmente con esta frase a sus vidas antes de aquel verano), solían turnarse, pero después todo quedaba a cargo de Amy. Era un acuerdo tácito: lo mínimo que Amy podía hacer era abrir una lata de remolachas y freír hamburguesas en una sartén. En aquel mismo momento, abría despacio los armarios y hundía un dedo ocioso en la carne de las hamburguesas.

—Lávate las manos —dijo Isabelle, y pasó de largo junto a ella hacia la escalera.

Pero el teléfono arrinconado en una esquina de la encimera empezó a sonar, y ambas sintieron un ímpetu de alarma. También cierta esperanza: a veces pasaban días enteros sin que sonara.

—¿Hola? —preguntó Amy, e Isabelle se detuvo con un pie en el escalón. —Ah, hola. —Cubrió el micrófono con la mano y dijo sin mirar a su madre—: Es para mí.

Isabelle subió despacio.

—Sí —oyó que decía Amy. Y luego más bajo—: ¿Qué tal está tu perro?

Isabelle subió sin ruido a su habitación. ¿A quién conocía Amy que tuviera un perro? La habitación, encajonada bajo el alero de la casa, era asfixiante a esa hora del día, pero cerró la puerta con estrépito para que su hija alcanzara a oír: «Mira como te doy intimidad».

Amy, enroscándose en el brazo el cable del teléfono, oyó que la puerta se cerraba y entendió el mensaje; pero sabía que su madre sólo quería quedar bien, anotarse uno o dos puntos fáciles.

—No puedo —dijo Amy al teléfono, mientras aplanaba con una mano la carne de las hamburguesas. Y luego—: No, todavía no se lo he contado.

Isabelle, apoyada contra la puerta de su habitación, no sentía que estuviera espiando. Más bien se encontraba demasiado agitada para lavarse la cara o cambiarse de ropa mientras Amy estaba al teléfono. Pero Amy no parecía decir gran cosa, y al cabo de unos momentos Isabelle la oyó colgar. Luego escuchó un ruido estridente de ollas y sartenes y entró en el cuarto de baño a ducharse. Después diría sus oraciones y bajaría a cenar.

Aunque, en realidad, Isabelle estaba desanimándose con el asunto de las oraciones. Era consciente de que a su edad Cristo ya había ido a la cruz y había padecido el martirio con resignación mientras le mojaban los labios con vinagre, tras haberse armado de valor en el monte de los Olivos. Pero ella, allí en Shirley Falls, pese a que había sufrido su propia traición de Judas a manos de su hija, pensó, mientras se espolvoreaba talco de bebé sobre los pechos, no tenía a mano ningún olivar, y tampoco se sentía muy valiente. Tal vez ni siquiera le quedara fe. Tenía dudas, aquellos días, acerca de si a Dios le importaba su

situación crítica. Era un sujeto elusivo, ajeno a lo que otros dijeran.

En el *Reader's Digest* decían que uno aprendía a rezar a fuerza de perseverancia, pero Isabelle se preguntaba si el *Reader's Digest* no tendía a simplificar las cosas. Había disfrutado de aquellos artículos, «Soy el cerebro de Joe», «Soy el hígado de Joe», pero el de «Rezar: la perfección a través de la Práctica», si uno lo pensaba, era en realidad un poco banal.

Después de todo, lo había intentado. Había intentado rezar durante años, y volvería a intentarlo en un momento, tendida sobre la colcha blanca, con la piel húmeda tras la ducha, cerrando los ojos bajo el techo bajo y blanco, pidiendo Su amor. Pide y se te concederá. Era un asunto complicado. No quería pedir algo errado, llamar a la puerta equivocada. No quería que Dios pensara que era una egoísta que pedía cosas, como los católicos. El esposo de Arlene Tucker había ido a misa específicamente para pedir un coche nuevo, y a Isabelle eso le parecía aterrador. Si iba a ser específica no pediría un vulgar coche: pediría un marido, o una hija mejor. Salvo que no lo haría, claro. Por favor, Dios, mándame un marido, o al menos una hija que pueda aguantar. No, se acostaría sobre la colcha y rezaría pidiendo la guía y el amor de Dios, y trataría de darle a entender que estaba disponible si Él quería enviar una señal. Pero, en medio del calor del pequeño dormitorio, no sentía nada aparte de las gotas de sudor otra vez sobre el labio, bajo las axilas. Estaba cansada. Dios estaría cansado también. Se sentó y se envolvió en su albornoz, y bajó a la cocina a cenar con su hija.

Era difícil.

Por lo general, evitaban mirarse a los ojos, y Amy no

parecía echar en falta los deberes de una conversación. «Está extraña, mi hija.» Podía ser un título en el *Reader's Digest*, si de hecho el artículo no había sido escrito ya, y tal vez lo había sido, porque a Isabelle le resultaba familiar. Bueno, no iba a pensar más, no soportaba pensar más. Acarició la jarrita de porcelana Belleek que tenía delante en la mesa, delicada, reluciente, como una concha, la jarrita que había pertenecido a su madre. Amy la había llenado de crema de leche para el té; a Isabelle le gustaba beber té con las comidas aunque hiciera calor.

Isabelle, incapaz de reprimir la curiosidad y diciéndose que al fin y al cabo tenía todo el derecho a saber, dijo finalmente:

—¿Con quién hablabas por teléfono?

—Stacy Burrows —contestó Amy en tono categórico, antes de llevarse a la boca un trozo de hamburguesa.

Isabelle cortó en el plato una remolacha, tratando de recordar la cara de aquella Stacy.

—¿La de ojos azules?

—¿Qué?

—¿Es la chica pelirroja de ojos azules?

—Supongo.

Amy frunció levemente el entrecejo. Le fastidiaba la manera en que su madre inclinaba la cara al final del largo cuello, como una especie de culebra. Y no le gustaba el olor a talco de bebé.

—¿Supones?

—O sea, sí, es ella.

Se oía el tenue roce de los cubiertos en los platos. Comían en silencio, sin mover apenas la boca.

—¿Qué es lo que hace su padre? —preguntó al cabo de un rato Isabelle—. ¿Está relacionado con la universidad?

Sabía que no estaba relacionado con la fábrica.

Amy se encogió de hombros con la boca llena.

—Humm… no sé.

—Bueno, debes de tener alguna idea de lo que hace para ganarse la vida.

Amy bebió un trago de leche y se limpió la boca con la mano.

—Por favor.

Isabelle dejó caer los párpados con fastidio, y Amy se limpió esta vez los labios con la servilleta.

—Enseña ahí, supongo —reconoció Amy.

—¿Qué enseña?

—Creo que psicología.

No había nada más que decir. Si era verdad, significaba que el hombre estaba loco. Isabelle no entendía por qué Amy necesitaba elegir como amiga a la hija de un loco. Se lo imaginó con barba, y recordó que aquel espanto del señor Robertson también llevaba barba, y el corazón empezó a latirle con tanta fuerza que se quedó casi sin aliento. El olor del talco infantil ascendía desde su pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó Amy, levantando la vista, con la cabeza agachada todavía sobre el plato.

Un trozo de tostada con el borde húmedo y ensangrentado por la carne estaba a punto de entrar en su boca.

Isabelle negó con la cabeza y miró más allá, hacia la cortina blanca que ondeaba en la ventana. Era como un accidente de coche, pensó. Después una sigue diciéndose a sí misma: «Si el camión no hubiera atravesado ya la intersección cuando yo llegué. Si tan sólo el señor Robertson hubiera pasado por el pueblo antes de que Amy llegara a la secundaria. Pero una se sube al coche pensando en otras cosas, y entretanto el camión está retumbando por la rampa de salida de la autopista, entrando

en el pueblo, y una está entrando en el pueblo. Y entonces ya ha pasado todo y tu vida nunca volverá a ser la misma».

Isabelle se sacudió las migas de los dedos. Ya le era difícil recordar cómo eran sus vidas antes del verano. Había ansiedades, y podía recordarlas. Siempre hacía falta dinero y siempre se le hacía una carrera en la media (nunca usaba medias rotas, salvo cuando mentía al respecto y decía que le acababa de pasar); Amy tenía deberes pendientes en la escuela, algún mapa en relieve que requería arcilla y gomaespuma, o un proyecto de costura para la clase de hogar: también esas cosas costaban dinero. Sin embargo, en aquel momento, mientras se comía la hamburguesa frente a su hija (esa extraña), mientras el sol nebuloso del atardecer caía sobre el suelo de la cocina, echaba de menos aquellos días, el privilegio de preocuparse por cosas ordinarias.

Dijo, porque el silencio era opresivo y de algún modo no se atrevía a volver al tema de Stacy:

—Esa Bev. Realmente fuma demasiado. Y come demasiado.

—Lo sé —respondió Amy.

—Por favor, usa tu servilleta.

No había podido evitarlo: la exasperaba ver a Amy lamiéndose la salsa de tomate de los dedos. De golpe, la rabia había adelantado su presta cabeza y había llenado la voz de Isabelle de frialdad. Pero, para ser francos, quizá era algo más que frialdad. Con toda franqueza, un eco de odio había resonado en su voz. Y por eso Isabelle se odiaba. Habría anulado el comentario, salvo que era demasiado tarde, y, mientras ensartaba con el tenedor una rodaja de remolacha, vio que Amy alisaba la servilleta con la palma de la mano y la ponía en el plato.

—Pero es simpática —dijo Amy—. Yo la encuentro simpática.

—Nadie ha dicho que no sea simpática.

La tarde se dilataba de forma monótona ante ellas. El sol nebuloso, mudo, apenas se había movido en el suelo. Amy estaba sentada con las manos sobre el regazo, el cuello echado hacia delante como uno de esos perros tontos de juguete que podían verse en la parte trasera de algunos coches, balanceando la cabeza hacia delante y hacia atrás en las señales de stop. «Siéntate derecha», quería decir Isabelle, pero en cambio dijo con fatiga:

—Puedes retirarte. Yo lavaré los platos esta noche.

Amy pareció dudar.

En los viejos tiempos, ninguna se levantaba de la mesa antes que la otra. Este hábito, esta cortesía, se remontaba a cuando Amy era casi una recién nacida, que comía siempre despacio, encaramada en una silla encima de dos catálogos de los almacenes Sears, con las piernas colgando. «Mami —solía decir con voz ansiosa, al ver que Isabelle había terminado de cenar—, ¿te vas a quedar sentada conmigo?» E Isabelle siempre se quedaba sentada. Muchas noches estaba cansada e inquieta, y francamente habría preferido hojear una revista para relajarse, o al menos levantarse y empezar con los platos. Y, sin embargo, no apremiaba a la niña, no quería alterar su pequeño aparato digestivo. Ése era el tiempo que pasaban juntas. Y siempre se quedaba sentada.

En aquellos tiempos, dejaba a Amy en casa de Esther Hatch mientras estaba en el trabajo. Un lugar espantoso, una granja ruinosa en el límite del pueblo, llena de bebés y de gatos y de olor a orina de gato. Pero Isabelle no podía permitirse otra solución. ¿Qué se suponía que debía hacer? Sin embargo, no le gustaba nada dejar allí a Amy, ni

que Amy nunca le dijera adiós y en cambio fuera inmediatamente a la ventana, para trepar al sofá y ver a su madre alejarse en el coche. A veces Isabelle agitaba la mano sin mirar, al dar marcha atrás, porque no podía soportar mirar. Sentía algo atravesado en la garganta, al ver a Amy en la ventana, con la cara pálida, sin sonrisas. Esther Hatch decía que no lloraba nunca.

Pero hubo un periodo en que Amy no hacía nada aparte de sentarse en una silla. Esther Hatch se quejó de que le daba repelús y dijo que, a menos que Amy se levantara y correteara por ahí como los niños normales, no estaba segura de poder seguir cuidándola. A Isabelle le entró el pánico. Le compró a Amy una muñeca en los almacenes Woolworth's, una cosa de plástico con pelo rubio platino, basto y elástico. La cabeza se cayó enseguida, pero a Amy pareció encantarle. No tanto la muñeca como la cabeza de la muñeca. Llevaba la cabeza siempre a todas partes, y le pintaba de rojo los labios de plástico. Y aparentemente dejó de confinarse en la silla, porque Esther Hatch nunca volvió a quejarse.

Estaba claro, entonces, por qué se había quedado sentada tantas noches en la mesa de la cocina. «¿Cantamos la canción de la arañita?» podía preguntar tiernamente Amy, apretando una judía entre sus pequeños dedos. E Isabelle, era horrible, decía que no. Decía que no, estaba demasiado cansada. Amy era una cosita tan dulce: estaba tan contenta de tener a su madre allí, a un brazo de distancia, al otro lado de la mesa. Sus piernas se balanceaban con alegría, en su pequeña boca había una sonrisa, los dientes diminutos parecían piedrecitas blancas en las encías rosadas.

Isabelle cerró los ojos y sintió el comienzo de un dolor conocido en el esternón.

Pero se había quedado allí sentada, ¿no? Eso lo había hecho.

—Por favor —dijo abriendo los ojos—. Puedes retirarte.

Amy se levantó y salió de la habitación.

La cortina se movió otra vez. Era una buena señal, si Isabelle hubiera podido verlo así: el aire de la tarde se movía lo suficiente para mover la cortina, había una brisa tan fuerte que hacía ondear la cortina, que se asomaba fuera de la ventana como un vestido de embarazada y volvía en un suspiro a su lugar, rozando la rejilla de la ventana con algunos pliegues. Sin embargo, Isabelle no pensó que por lo menos hacía brisa. Le pareció que las cortinas necesitaban un lavado, porque no las lavaba hacía tiempo.

Miró la cocina a su alrededor y se alegró al ver que al menos los grifos brillaban y la mesa no tenía manchas resecas de detergente como otras veces. Allí estaba también la jarrita de porcelana Belleek, esa cosa delicada, reluciente como una concha, que había pertenecido a su madre. Era Amy quien la había bajado hacía unos meses de un armario y había sugerido que la usaran todas las noches. «Era de tu madre —había dicho—, y te gusta mucho.» Isabelle había estado de acuerdo. Pero en aquel momento, de repente, le parecía peligroso: era un objeto al que una manga o un brazo desnudo podrían empujar fácilmente, y que luego se haría añicos contra el suelo.

Isabelle se levantó, envolvió las sobras de su hamburguesa en papel de aluminio y las puso dentro de la nevera. Al lavar los platos, el agua manchada de rojo de la remolacha se arremolinaba en el fregadero blanco. Sólo cuando los platos estuvieron lavados y guardados lavó la

jarrita de porcelana Belleek. Lo hizo con cuidado, y la secó de la misma forma, y luego la puso otra vez en el armario, donde no se alcanzara a ver.

Oyó a Amy salir de la habitación y caminar hasta la escalera. Cuando estaba a punto de decir que no quería usar más la jarrita Belleek, que era algo demasiado especial y demasiado fácil de romper, su hija la llamó desde lo alto de los escalones.

—Mami, Stacy está embarazada. Sólo quería que lo supieras.